

Recuerdo de Francisco Santana

LUIS MERINO REYES

El tiempo pasa rápidamente: el 13 de enero de 1978 murió el poeta y ensayista Francisco Santana después de ser atropellado por un automóvil en la noche santiaguina del barrio alto. Había nacido en Temuco el 4 de agosto de 1910.

Vi por primera vez a Francisco Santana en el Liceo Nocturno Federico Hansen de la capital. Ambos carecíamos de exámenes válidos por el sexto año de humanidades, como se denominaba entonces el término de la educación secundaria y trabajábamos para ganarnos la vida. Santana en la Biblioteca Nacional y yo en una sórdida repartición pública. Ambos teníamos poco más de 20 años. Nos sentamos por azar en los últimos bancos del viejo Liceo de Aplicación y allí mismo se inició nuestra amistad. Santana era un mozo pálido, de viva mirada negra y pelo crespo. Daba una impresión de fragilidad, a pesar de que, según supimos después, había sido un buen deportista; pero de esa afición adolescente no hablaba nunca el poeta. Su tema eran los avatares del amor y los libros, estos últimos pasión de pasiones, rumbo y soporte de su vida futura. El llegaba a la instrucción nocturna, compuesta en su mayoría por gente adulta y de trabajo, con una formación laica y yo venía de un severo colegio confesional, pero la primera discusión no se basó en ninguna creencia religiosa, simplemente en la literatura española y chilena, conforme a la versión que nos habían dado nuestros mutuos maestros. El debate íntimo saltó del banco retraído a toda la sala de clases y la audiencia no tomó partido, mirándonos más bien como dos fanáticos. Eso éramos en verdad sin que nosotros mismos lo descubriéramos, tal como el pez es incapaz de descubrir el agua por donde nace y muere. Al poco tiempo, como es obvio, nos encontramos en la Biblioteca Nacional. Los libros y los lectores ya estaban en el mismo edificio donde se encuentran

ahora, no en la vecindad del Congreso Nacional, pero el ambiente era distinto.

A la Biblioteca Nacional iban, aparte de los lectores obligados, la gente que se helaba en el invierno a causa de la escasez en que vivía, los drogadictos de la novela pornográfica, los lectores devorantes de "Los tres mosqueteros" y de "El defensor tiene la palabra". En la mañana y en la tarde llegaban a la Sala Chilena de Lectura el almirante Melitón Gajardo, pequeño con sus bigotes muy negros, vestido siempre de oscuro y un señor Lyon, alto y rojizo como un lord inglés que también vestía como anglosajón y que se sacaba su deportivo sombrero redondo y lo situaba sobre la cabeza de Voltaire cuya sonrisa de mármol presidía la sala. "Aquí tienen a una gloria de nuestra Marina", decía el señor Lyon y mostraba a los lectores al almirante en retiro señor Gajardo. Este, entretanto, leía de pie, afirmado en la mesa central y comía ciruelas o duraznos comprados en la misma acera del templo cultural. En la oficina escribía infatigablemente a máquina otro personaje de la cultura chilena: Raúl Silva Castro.

Francisco Santana caminaba rápido como lo hizo hasta el final de sus pulsos y al descubrirnos ensimismados en la lectura, se nos aproximó y nos saludó con una sonrisa que hemos visto en muy poca gente, mezcla de afecto entrañable y de firme amistad. Todo esto sin que estas virtudes dejaran a salvo nuestros naturales defectos: la ambición celosa y la fuerte emulación personal. Un día nos descubrimos cada uno con los manuscritos de unos versos y desde entonces la amistad se organizó por derroteros comunes de sorpresa y sufrimiento. Santana disfrutaba en ese tiempo de una vinculación mucho más amplia que la mía. Desde luego, venía de Temuco húmeda y poética zona de aire y cielos limpios, cuna de voces muy afinadas y altas en nuestra poesía que han dejado como demonios desafinados a muchos líricos entusiastas de nuestra sufrida tierra. El libro inédito de Francisco Santana se llamaba "Caucés de la voz" y buscarle impresor no fue tarea fácil. Solicitamos presupuestos en las mejores imprentas de la época y Santana terminó componiendo su libro en la imprenta "El Esfuerzo", símbolo de aquellas cuitas. Si cotejamos este libro inicial de Santana, "Caucés de la voz", con otra poesía de más de algún genio de nuestro tiempo, descubrimos que aquélla se salva hasta nuestros días por su decoro, por su natural sobriedad, por su lirismo. "Miro hacia la tierra donde cae el cielo,/ donde el paisaje vive la placidez de la luna./ Miro hacia la montaña donde un ángel verde/ cuida con sus espadas el corazón de las frutas.// El ángel verde del sur ama la tierra,/ y su alegría está en la sangre de los árboles,/ en la tarde de sol, en la hierba y en las aguas/ que adormecen como un licor de ramas floridas.// El ángel verde del sur abandona al hombre,/ olvida el sudor y la angustia que

siembra,/ del que inunda de trigales el campo que no es suyo./ El destino de los labradores es un canto amargo".

"Cauces de la voz" se tituló inicialmente "Examen de la vida vegetal", pero el poeta varió por fortuna el título, clave de su condición de lirica agreste, por el que llegó a la letra de molde. Era un tomo cuadrado de letra alta y clara y es hoy una curiosidad bibliográfica. En ese mismo año 1936, aparece Carlos René Correa con sus "Caminos en soledad" y se moviliza con sus desordenados manuscritos bajo el brazo el poeta Alberto Baeza Flores, autor de "Experiencia de sueño y destino", tomo aglomerado de citas librescas, prueba de que Baeza era ya un obstinado lector. Correa laboraba en "El Diario Ilustrado", cuyos jerarcas al poeta no le producían miedo y desde esa influyente tribuna periodística divulgaba a sus compañeros de aventura literaria. Baeza, en cambio, era un político en ciernes y actuaba en la Liga de Derechos del Hombre y en la Alianza de Intelectuales, como devoto seguidor de los dirigentes de la época, Pablo Neruda, Alberto Romero, Tomás Lago, entre otros notables. A tres años de la última guerra mundial y ya desatado el horror fratricida de España, la poesía joven debía adoptar una posición y la espontaneidad sentimental era rechazada por los estudiosos y antologistas más ortodoxos.

Por la sala de lectura de la Biblioteca Nacional donde subsistía Francisco Santana, vimos pasar por primera vez a Juvencio Valle, tal vez todavía más silencioso, representando la misma edad que aparenta ahora; a Omar Cerdá, autor de "Porvenir de diamante" que para él fue un futuro de abogado experto y provinciano, retraído de los afanes literarios; a Gonzalo Mera, autor de un nuevo "Cantar de los cantares", aficionado a los juegos de prestidigitación. Baeza laboraba con su padre en una oficina céntrica de corretaje de propiedades y cuando se producía el inevitable conflicto entre la poesía y la venta de pesados inmuebles, el poeta se iba de la casa paterna a vagar por las calles y las fábricas nocturnas hasta que partió en definitiva a Centroamérica, cuya violencia varió su idealismo juvenil y su acento de chileno.

Santana llegó a su silencioso ideario social que es fácil descubrir en sus versos iniciales por sufrimiento personal más que por doctrina, por su ánimo retraído que contrastaba con el empaque y el lenguaje de los figurones capitalinos. Los libros no son para quien los escribe un método destinado a ganar dinero, tienen más posibilidad en ese sentido quienes los imprimen y comercian. Santana vendió acciones forestales y anduvo en las mañanas con su portadocumentos a paso vivo, de una oficina a otra, ofreciendo esos bosques que no podía respirar, mientras Correa vendía textos jurídicos en los estudios de los abogados y otros negociaban vinos y seguros. Salta a mi

memoria mi encuentro con Santana, una tarde invernal, muchos años después, en la vecindad de la antigua librería de don Pedro Salvo, proxima a la Estación Central. El poeta traía en su mano un tomo que para él era un hallazgo y yo manejaba un viejo auto de alquiler que me hizo sufrir y soñar. Llevé entonces al poeta hasta su casa, ubicada en la calle Virgilio Figueroa, en el barrio alto, con jardín perfumado y biblioteca. Allí completó la educación de sus cuatro hijos: Jessie, Alicia, Esteban y Cecilia Santana Young y también finalizó sus días el esforzado y silencioso guerrero.

La generación de 1938 tuvo la dicha o la desgracia de nacer junto al núcleo del sistema solar de nuestra poesía. Gran parte de los poetas jóvenes de aquellos años resultaron calcinados, otros derivaron hacia la novela o el ensayo. A Francisco Santana, poeta de firme y sensible raíz, le sucedió esto último, favorecido tal vez por la austereidad de su carácter y por su trabajo cotidiano en la ciudad de los libros, allí donde puede apreciarse todo el valor y también el olvido de la letra impresa. Así brotaron y se sucedieron sus libros y fichas bibliográficas que culminan con su tomo "Evolución de la poesía chilena", editado en 1976 y que puede considerarse la cima de numerosos afanes.

Cuando apareció este libro con sello de Nascimento y certero liminar de Alfonso Calderón, nos encontramos con Santana en la vecindad de la antigua editorial. Era una mañana muy fría. Nosotros habíamos comprado recientemente el tomo, algo que sin duda le halagó y nos volvimos con él para que lo firmara. Allí, por rara conjunción literario-astral, apareció Luis Sánchez Latorre y se entabló una conversación amable, pero algo que yo dije molestó al poeta que se mostraba en su estado más inerme, con un libro crítico recién publicado y fue necesario anestesiarlo a medias con palabras desenfadadas. Santana fue siempre un provinciano, un magnífico y virtuoso ejemplar de la provincia y nunca omitía en sus valoraciones, la procedencia, el terreno del autor. Olvidaba que la mayoría de los genios de nuestra vida cultural vienen de la provincia y que los santiaguinos nos hemos limitado a contemplarlos arrobados en la capital.

En su postre trayecto nocturno salió Santana de la Casa del Escritor, conversó ya en la calle con algunas escritoras amigas y subió al bus que lo llevaría al escenario de su accidente. Su contextura de antiguo luchador, de observador prudente, astuto y puntual, descubridor de gráciles musas terrestres, se había resentido. ¿Qué pensamientos le invadieron en los últimos tramos de su vida consciente, qué estrella guió sus pasos finales? Allí se nos escabulle la hebra vital de un auténtico poeta del sur chileno, asfixiado en nuestro ambiente urbano. Tal podría ser otro de los motivos de estas líneas que han pretendido evocar a nuestro amigo y rescatar su libro

inicial de creación poética “Caucés de la voz”. Todo esto sin desmedro de sus generosos aportes al ensayo y a la crítica literaria que divulgó sin reposo hasta la increíble violencia de su fin.

EL ANGEL DEL SUR

*Miro hacia la tierra donde cae el cielo,
donde el paisaje vive la placidez de la luna.
Miro hacia la montaña donde un ángel verde
cuida con sus espadas el corazón de las frutas.*

*El ángel verde del sur ama la tierra,
y su alegría está en la sangre de los árboles,
en la tarde de sol, en la hierba y en las aguas
que adormecen como un licor de ramas floridas.*

*El ángel verde del sur abandona al hombre,
olvida el sudor y la angustia del que siembra,
del que inunda de trigales el campo que no es suyo.
El destino de los labradores es un canto amargo.*

*El ángel verde del sur ama el paisaje,
va tras el germen que perfuma del bosque,
y corre entre las aguas o escucha las raíces
por la embriaguez que exalta su pecho agrestre.*

*El ángel verde del sur es alegría,
pero ¡ay del viento que cruza los ranchos!
¡ay del puño enzarzado y herido por la pobreza!
¡ay del niño sin estrellas! ¡ay del corazón campesino!*

AUTORRETRATO

*Nada he perdido.
Vuela la llama
inmarchitable y trémula
y el eco vibra
entre laureles inolvidables.
La flor y la espina
continúa.
el cielo en el pozo
aprisionado,
el pez y la azucena
en la laguna,
el minuto alegre
y la hora triste.
Nada he perdido.
Aquí la fruta
y su aroma,
el agua bajo el puente,
allá la luna.
Iluso, ciego, náufrago.
Mi ámbito
el resplandor en el vacío,
el vuelo alucinado,
un anillo sin dedo.
Llave en la penumbra,
sol y cieno,
sal y miel en la garganta.
Nada he perdido.
Soy el viajero
sin mensaje
como el rumor de los manantiales.
Fronda y aire.
Cada paso con su historia.
La caricia de los cuerpos
es un llamado o la eterna
despedida del presente y del pasado.
Viaje y retorno.
Cerca y lejos como un llanto.*